

P: “Si hemos de ser guiados por el Espíritu, para ser salvos, ¿en qué forma nos guía el Espíritu Santo hoy día?”.

R: En los últimos años, se ha suscitado un renovado interés en el Espíritu Santo, el cual ha dado como origen al movimiento carismático. La característica principal de este movimiento es que los involucrados alegan hablar en lenguas por el poder del Espíritu Santo. ¿Hablan, o no hablan en lenguas? Esa es una pregunta importante. Pero otra pregunta acerca del Espíritu es aún más importante: ¿Qué papel desempeña el Espíritu Santo en nuestra salvación?

El Espíritu Santo tiene algo que ver con el que seamos salvos. Somos nacidos de nuevo, del Espíritu (Juan 3.5); somos justificados por el Espíritu (1 Corintios 6.11); y somos salvos por la renovación en el Espíritu (Tito 3.5). Si usted ha de ser salvo hoy día, usted debe serlo por el Espíritu.

¿Cómo es que el Espíritu Santo salva? La respuesta se encuentra en Romanos 8.14: “Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios”. *¡Yo sostengo que para ser salvo por el Espíritu, usted debe ser guiado por el Espíritu!* Luego, la pregunta se convierte en: “Si hemos de ser guiados por el Espíritu, para ser salvos, ¿en qué forma nos guía el Espíritu Santo hoy día?”. Respondamos a eso, preguntando primero: *¿En qué forma nos guía el Espíritu Santo?*, y segundo: *¿Hacia dónde nos guía el Espíritu Santo?*

¿EN QUÉ FORMA NOS GUÍA EL ESPÍRITU SANTO?

¿En qué forma nos guía el Espíritu Santo? Son por lo menos tres posibilidades las que se pueden presentar:

¿Será por medios milagrosos?

¿Nos introduce el Espíritu directa y milagrosamente en la salvación? ¿Nos habla él en el silencio de la noche? ¿Da él revelaciones especiales? ¿Reciben hoy día las personas visitas de ángeles? ¿Habla Dios con “un silbo apacible y delicado?”.

Es obvio que Dios en el pasado dirigió a las personas de esta manera. Pero eso, por sí solo, no prueba que Dios esté dirigiendo a las personas de la misma forma, en esta era. ¿Por qué? Porque Dios ha tratado con las personas en las diferentes eras, de diferentes formas. El habló a las personas varias veces, de diferentes maneras (vea Hebreos 1.1–2). Además, Dios no está repitiendo algunas de las cosas que él hizo en el pasado. Por ejemplo, él no está repitiendo su creación del universo, ni el envío de su Hijo, ni la inspiración de la Biblia. Así, la pregunta no es tampoco: “¿Qué es lo que Dios ha hecho?”, ni tampoco es: “¿Qué podría hacer Dios?”. La pregunta, más bien, es: “¿Qué está haciendo Dios hoy día?”.

Dado que la Biblia enseña que la edad de lo milagroso ha pasado, nosotros sugerimos que Dios no está llevando, ni guiando a su pueblo, ni directa, ni milagrosamente hoy día. ¿Por qué digo que la edad de lo milagroso ha quedado en el pasado? Porque Pablo, inspirado por el Espíritu, ¡lo dijo primero! Pablo habló de los dones milagrosos del Espíritu Santo en 1 Corintios 12. Luego, en 1 Corintios 13, dijo que “cuando [viniera] lo perfecto”, este sistema de dones milagrosos quedaría en el pasado (vv. 8–10). Yo creo que ¡eso fue exactamente lo que ocurrió! Los dones sobrenaturales del Espíritu Santo —incluyendo la habilidad de hablar en lenguas, la habilidad de

sanar, y el don del conocimiento milagroso— ya pasaron. Ya no son necesarios. Fueron dados para confirmar la palabra hablada por los apóstoles (Marcos 16.17–20; Hebreos 2.2–4), pero esa palabra ha sido ahora confirmada. Ya los dones no son dados más, como evidencia. La gente no está siendo sanada de la misma forma, como lo fue en los tiempos del Nuevo Testamento (vea, por ejemplo, Hechos 3, y contraste ese milagro con lo que llaman milagros hoy día). La madurez de la iglesia, la cual se dio cuando se completó la revelación de Dios, marcó el final de la era de lo sobrenatural. Dado que los dones sobrenaturales han pasado, nosotros ya no esperamos más, que vayamos a recibir la guía milagrosa, o sobrenatural, del Espíritu Santo.

Aun si el Espíritu lidiara directamente con la gente hoy día, ¡no hay indicación de que él salvaría por ese medio! En los tiempos del Nuevo Testamento, la guía milagrosa del Espíritu, por lo general, vino a los que ya eran discípulos de Cristo, no a los que se encontraban fuera del cuerpo de Cristo. Incluso, *ellos* —por ejemplo, los apóstoles inspirados— no siempre tuvieron el privilegio de recibir tal guía. Pablo y Bernabé estuvieron en desacuerdo acerca de si llevaban a Juan Marcos con ellos en el segundo viaje misionero. Aparentemente, el Señor no reveló cuál de los dos tenía la razón en tal ocasión.

El Nuevo Testamento expresa llanamente que cuando el Señor quería que a cierta persona en particular se le enseñara el evangelio, él siempre proveyó algún mensajero humano, para que éste le llevara el mensaje del evangelio a tal persona. Envió a Felipe al etíope (Hechos 8), y a Pedro a Cornelio (Hechos 10). Él no salvó a estos hombres por medio de una guía directa y milagrosa.

Si usted desea ser salvo por medio de la guía del Espíritu Santo, no espere una visitación milagrosa por parte de éste. En lugar de ello, haga como Cornelio: busque un mensajero, el cual le dirá la forma como puede ser salvo (Hechos 11.14).

¿Será por iluminación especial de la palabra?

Podríamos hacer la segunda pregunta: ¿Nos guía el Espíritu *por medio de una iluminación de la palabra de Dios*? Hay quienes creen que, aunque usted no necesita una revelación especial de parte del Espíritu para ser salvo, sí necesita esa especial iluminación para comprender la Biblia. ¿Será cierto esto?

Es importante leer y estudiar la Biblia en oración, pidiéndole a Dios su ayuda para entenderla (vea, por ejemplo, Santiago 1.5). Pero, de lo que estamos hablando es más que eso. Es una

iluminación directa que da el Espíritu, sin la cual uno no puede entender la Biblia, y que cuando llega, hace que todo esté claro en un abrir y cerrar de ojos. ¿Será necesaria tal clase de iluminación?

¡No, no lo es porque el Espíritu ya nos ha dado un libro que podemos entender! La Biblia indica que ella fue dada con el propósito de que se le lea y se le entienda. Esto fue lo que Pablo dijo: “leyendo lo cual podéis entender cuál sea mi conocimiento en el misterio de Cristo” (Efesios 3.4). Pablo esperaba que los Efesios *entendieran* lo que él había escrito. Él no esperaba que ellos tuvieran necesidad de ayuda milagrosa, o de revelación divina, para entender. De hecho, cuando leemos la Biblia, aunque descubriremos allí *algunas* cosas (no todas, ni la mayoría, 2 Pedro 3.15ff.) difíciles de entender, hallaremos que la mayor parte de la Biblia es bastante fácil de entender.

Suponga que fuera necesaria una iluminación especial por parte del Espíritu Santo, para entender la Biblia. Entonces tendríamos necesidad de éste para que nos interprete sus propias palabras, dado que fue él mismo el que, en primer lugar, nos dio la Biblia (vea 2 Timoteo 3.16–17; 2 Pedro 1.20–21). Lo que necesitaríamos para la salvación sería ¡un mensaje doblemente inspirado! ¿Será razonable creer que siendo el Espíritu Santo el que, en primer lugar, inspiró la Biblia, que hizo tan mal trabajo, que tendría que inspirar a sus lectores, para que la pudieran entender?

No fue necesaria ninguna iluminación especial en el primer siglo, para entender las palabras de los apóstoles. Cuando Pedro le dijo al pueblo, el día de Pentecostés, que se arrepintieran y se bautizaran, ellos le entendieron perfectamente (Hechos 2.38ff). No fue asunto de que entendieran, o no; era cuestión de recibir o rechazar el mensaje. Ese es el problema hoy día. El mensaje es comprensible, pero algunas personas eligen rechazarlo.

Cuando la gente alega que está buscando la iluminación del Espíritu, lo que sucede es que *no* están verdaderamente interesados en obtener ayuda para comprender la Biblia. Más bien, ¡tienen la esperanza de algo que les dará justificación para lo que ya han creído! En efecto, así es como oran: “Señor, ayúdame a entenderlo de la misma forma que lo creo”.

Su necesidad, por lo tanto, no es de una iluminación especial por parte del Espíritu Santo. Lo que usted necesita, en lugar de ello, es una disposición a aceptar, a creer y a obedecer las declaraciones llanas de las Escrituras.

¿Será por la palabra de Dios?

En lugar de guiarnos por medios milagrosos, o por una iluminación especial de la palabra de Dios, el Espíritu Santo nos guía a la salvación *por medio de la palabra de Dios, por medio de la Biblia*.

Note la promesa hecha a los apóstoles: “Y cuando él (el Espíritu Santo) venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí” (Juan 16.8–9). ¡Para poder ser salvos, necesitamos ser convencidos de pecado, de justicia y de juicio! Pero, ¿cómo convenció a la gente en los tiempos del Nuevo Testamento? En Hechos 2 leemos que Pedro *predicó* que Jesús era tanto Señor, así como Cristo. ¿Cuál fue el resultado? Un convencimiento de pecado que los compungió: “Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro y a los otros apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos?” (Hechos 2.37). ¡La convicción vino a través de la predicación de la palabra inspirada por el Espíritu Santo! No es de maravillar que Pablo dijera que “... la espada del Espíritu... es la palabra de Dios” (Efesios 6.17). El Espíritu usa su espada, la palabra de Dios, para cortar, compungir, y convencer, cuando guía a la gente a la salvación.

La Biblia dice que somos, o que debemos ser, nacidos del agua y del Espíritu, para poder ser salvos. Por lo tanto, somos *nacidos del Espíritu* (Juan 3.5, 9). Pero la Biblia también enseña que somos renacidos *a través de la palabra*: Hemos “renacido, no de simiente corruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre” (1 Pedro 1.23).

Además, la Biblia dice que somos *santificados por el Espíritu*: “... habéis sido lavados, ... habéis sido santificados, ... habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios” (1 Corintios 6.11). Enseña que somos santificados *a través de la palabra*. Jesús dijo: “Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad” (Juan 17.17).

La Biblia enseña que somos *salvos en el Espíritu*: “... no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo” (Tito 3.5). La Biblia también dice que somos salvos *a través de la palabra*: “... recibid... la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas” (Santiago 1.21).

¡Por lo tanto, afirmamos que, *lo que el Espíritu Santo hace para llevarnos a la salvación, lo hace a través de la palabra*! ¿Quiere usted ser salvo por el Espíritu Santo? Entonces sea guiado por el Espíritu. Si usted quiere ser guiado por Espíritu, entonces debe ser guiado por la palabra que él mismo inspiró.

¿HACIA DÓNDE NOS GUÍA EL ESPÍRITU SANTO?

¿Hacia dónde nos guía el Espíritu Santo? Él inspiró la palabra de Dios. Nos guía a través de esa palabra. Pero, ¿qué nos dice el Espíritu que hagamos? Para hallar la respuesta, tome su Nuevo Testamento y lea.

Una fe en Cristo

En primer lugar, el Espíritu lo guía a usted a una fe en Cristo. Jesús dijo que el Consolador, el Espíritu Santo, daría testimonio de él (Juan 15.26) y que lo glorificaría a él (Juan 16.14). Nos enteramos de que la palabra que el Espíritu inspiró (2 Timoteo 3.16) produce fe: “Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” (Romanos 10.17). El primer resultado de la predicación de Pedro en Pentecostés en Hechos 2, fue la fe. Convenció a los que oyeron de que Jesús era, de hecho, el Cristo. Luego estos *creyentes* clamaron: “¿Qué haremos?” (Hechos 2.37).

Una convicción de pecado

En segundo lugar, el Espíritu Santo lo guía a usted a una convicción de pecado. Esa fue la manera como sucedió en Pentecostés (Hechos 2). Después de creer en Jesús, el pueblo fue “compungido de corazón”. Fueron convencidos de pecado. Comprendieron que ellos habían sido culpables de crucificar, no a un pecador blasfemo, sino al Hijo de Dios, al Mesías. ¡Debieron haberse sentido culpables! Pero no estaban solos. Nosotros, también, necesitamos entender que fuimos culpables de la crucifixión de Cristo; él murió por causa de nuestros pecados, así como por los de ellos. ¡Necesitamos ser convencidos de pecado! Si no lo hemos sido, ¡hemos estado rehusándonos a oír esa palabra!

El arrepentimiento

Cuando usted lee el Nuevo Testamento, usted descubrirá, en tercer lugar, que el Espíritu Santo lo guía al arrepentimiento. Cuando los hombres creyeron y fueron convencidos de pecado, Pedro les dijo que se arrepintieran (Hechos 2.38). Este arrepentimiento no es convicción de pecado; más bien es el resultado de tal convicción. Es la determinación de no pecar más. Este es el mensaje de Dios para todas las gentes hoy día: “Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan” (Hechos 17.30). Dado que *todos* deben arrepentirse, considere que este es un mensaje que proviene directamente del Espíritu Santo: ¡Usted debe arrepentirse!

Inmersión para el perdón

Luego, cuando usted lea el Nuevo Testamento, hallará que el Espíritu Santo lo guía a la inmersión para el perdón de pecados —el bautismo en agua para la remisión de pecados. Esta inmersión ha estado siempre relacionada con el Espíritu Santo. Recuerde Juan 3.5: Jesús dijo que nosotros debemos ser nacidos del *agua* y del *Espíritu*. El “Espíritu” del cual habla aquí es, sin duda, el Espíritu Santo; el “agua” es la del bautismo. Así, para ser nacido de nuevo, del Espíritu, uno debe ser bautizado en agua. El día de Pentecostés, Pedro predicó las palabras que el Espíritu Santo le dio para que dijera. ¿Qué les dijo a los demás, por el poder del Espíritu Santo, que debían hacer para ser salvos? “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros... para perdón de los pecados” (Hechos 2.38). El Espíritu guió a la gente el día de Pentecostés a ser bautizada. De la misma manera, el Espíritu guió a otros que llegaron a ser cristianos en el libro de los Hechos, a ser bautizados; en cada conversión, de la cual tenemos detalles, Hechos especifica que las personas fueron bautizadas. Si el Espíritu Santo llevó a los hombres a ser bautizados para ser salvos, el Espíritu le insta a usted, hoy día, a hacer lo mismo: ¡Sea bautizado para el perdón de los pecados!

La iglesia de Cristo

En quinto lugar, cuando usted lee el Nuevo Testamento, usted se enterará de que el Espíritu Santo lo guía a la iglesia de Cristo. Ésta fue el resultado de los eventos ocurridos el día de Pentecostés. Los que recibieron el mensaje del Espíritu Santo fueron bautizados y así, fueron “añadidos” a los que lo predicaban (Hechos 2.41). En Hechos 2.47, leemos que el Señor añadía cada día a la iglesia, los que habían de ser salvos. La palabra del griego, de la cual se traduce “iglesia” no se encuentra en el original, pero la idea está allí. Desde este momento en adelante, una iglesia comienza a existir, y los que han sido bautizados son añadidos a ella. Pablo se refirió a esto en 1 Corintios 12.13: “Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo”. El cuerpo es la iglesia (Efesios 1.22–23). ¿Qué cuerpo o iglesia es ése? Se trata de la iglesia de la cual sólo hay una

(Efesios 4.5). No se trata de una iglesia hecha por un hombre; ¡es la iglesia de Cristo! (Mateo 16.18). Cuando usted es guiado por el Espíritu a ser bautizado para la remisión de los pecados, usted también es guiado por el Espíritu a entrar a la iglesia del Señor. En esa iglesia, usted tiene, no sólo bendiciones, sino también responsabilidades adicionales, siendo estas dos cosas, dadas por el Espíritu Santo. Usted tiene la responsabilidad de adorar y trabajar fielmente toda su vida. Pero usted puede tener la certeza de que aquí se encontrará dentro del ámbito de los salvos, y, por la gracia de Dios, si continúa siendo guiado por su palabra, puede tener la certeza de un hogar en el cielo.

A estas alturas, alguien podría objetar: “El Espíritu me guió para entrar a algo diferente a eso”. Tal vez usted crea que él lo guió a hacer algo diferente para ser salvo, o que él lo guió para entrar en un cuerpo, iglesia o denominación diferentes.

Puede ser que usted tenga razón al decir que un espíritu le guió para ir en otra dirección. Pero la pregunta es: ¿Fue ése, el Espíritu de Dios? Recuerde lo que la Biblia dice: “Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo” (1 Juan 4.1). Hay espíritus de mentira, falsos profetas, en el mundo.

¿Cómo puede usted saber si ha sido guiado por un falso profeta, o por el Espíritu Santo? ¡Preguntando si el que lo guió, le enseñó a hacer las mismas cosas que el Espíritu le dijo a los hombres del Nuevo Testamento que hicieran! Insisto en que, independientemente de que usted acepte o no, alguno de los otros argumentos, usted debe aceptar este hecho: Si usted ha sido guiado a hacer algo menos que las cinco cosas enumeradas, o algo diferente a esas cosas ¡usted *no* ha sido guiado por el Espíritu Santo!

CONCLUSIÓN

¿Irá usted a ser guiado por el Espíritu? Si él estuviera aquí en forma humana, él le diría que hiciera, ni más, ni menos, de lo que la Biblia enseña, acerca de estos asuntos importantes. Su mensaje ha sido retransmitido a usted. ¿Le prestará atención usted? Y, ¿lo obedecerá usted? ■